

LENGUA Y LITERATURA. PRIMERO BACH.

Doc. número: LENGPRIM3de2027

FECHA: septiembre 2026

DESCRIPCIÓN: artículos

Características: lectura y comentario

La IA cebando el miedo

No servirá, de momento, para hacer sitio al sosiego, al diálogo. Sólo es un negocio gigante y ruidoso (fértil también en posibilidades)

Compartir 12 comentarios



En una comida con algunos familiares alguien animó la sobremesa con una pregunta trampa: "¿Creéis que la Inteligencia Artificial llega para fumigarnos?". La pregunta tuvo fortuna y nadie quedó sin su profecía. Todos lanzamos sospechas, mixturas de lo leído por allá o por aquí y una vaga sensación de tiempo por hacer o de época por rematar. Hubo un fatalista que pronunció las tres palabras definitivas: "Qué más da". Pero no da igual. Muy pocos conocen la mecánica de ese tinglado, pero la mayoría acumulamos expectación y un cierto susto por el alcance de unas máquinas capaces de conquistar el horizonte.

La avalancha digital aceleró la vida hace un puñadito de décadas y a nuestra manera hemos vivido mejor. Con una nostalgia fuerte de ayer a los que en verdad tampoco nos va la vida en regresar. La vida nos va más en el porvenir que en lo que fue. El futuro, me parece, importa mucho menos que el presente. El presente es el lugar donde se diseña el futuro, por eso es una manera de estar viviendo un poco en mañana. De todo esto que ahora sabemos sobre la IA, ¿qué podremos aprovechar? Cada vez las ruinas nos pillan antes por la espalda. El tiempo envejece más deprisa. La realidad acelera desquiciada. Pero la vida sigue siendo aún lo que de ella, esencialmente, sabemos: nacer, crecer, ir envejeciendo, quizá reproducirse.

Este tiempo es terrible, por tantas razones, pero cuando te desentiendes oportunamente de la actualidad, casi todo mantiene una lógica precisa. Recuerdo bien el verso formidable del poeta Álvaro García, porque no se acaba nunca: "Deja la actualidad, que se hace sola, / y ve al presente, que te necesita". Son demasiadas las hogueras inmediatas. Cada cual tendrá las suyas, pero algunas afectan a progresos esenciales que son comunes. La extrema derecha viene rugiendo en todas direcciones para darle la vuelta a la realidad por el lado que no es. El racismo, la xenofobia, la violencia metódica como símbolo y como expresión, el ajuste de cuentas, el hipernacionalismo, ... Por ahí se gangrena el presente. Lo creo de verdad.

La IA no servirá, de momento, para hacer sitio al sosiego, al diálogo. Sólo es un negocio gigante y ruidoso (fértil también en posibilidades) cebando el miedo sin descanso.

ANTONIO LUCAS, *EL MUNDO*. 20 DE SEPTIEMBRE

El apocalipsis no está escrito

La inteligencia artificial está aquí para quedarse: es la hora de regularla para evitar los peores escenarios



Entre las alertas apocalípticas, las inversiones gigantescas y las tensiones geopolíticas con ecos de la carrera armamentística de

la Guerra Fría, las últimas noticias sobre la inteligencia artificial (IA) contienen los ingredientes para sembrar la confusión entre la ciudadanía, si no la angustia existencial. Sam Altman, al frente de OpenAI, ha dicho que no es necesaria ninguna regulación estricta del sector, pero que “el mundo hace bien en tener miedo”. También sostiene: “El mundo debe confiar en que vamos a hacer lo correcto”. ¿Puede ser una cosa y la contraria? Si hay un 10% de probabilidades de que la humanidad sufra una catástrofe por la IA, como aseguran los ingenieros de Anthropic, ¿por qué no pulsamos ya el botón de apagar?

En medio de tanto ruido y tantas declaraciones contradictorias, merece la pena recordar algunas evidencias. La IA está aquí para quedarse. Como todas las revoluciones industriales anteriores, posee el potencial de aportar enormes beneficios y a la vez entraña peligros insospechados. Y, como sucedió como otros grandes saltos tecnológicos, este obliga a estrechar la vigilancia para frenar una tecnología desbocada. Europa, que puede ejercer de potencia reguladora, no debe descolgarse: será dramático si pierde el tren ante Estados Unidos y China.

La realidad de la inteligencia artificial se mueve en tres planos. El primero es el técnico: qué ocurre de verdad en esos laboratorios, qué hacen y qué ven los ingenieros que desarrollan esta tecnología. Entre los expertos, incluso empleados o exempleados de estas firmas, están quienes alertan de una deriva que puede conducir a la extinción, un eco contemporáneo de los relatos del fin del mundo que se ha repetido en la historia. Enfrente, algunos académicos interpretan estos avisos como una exageración, pura mercadotecnia para revalorizar sus empresas o eximirse de responsabilidad si las cosas van mal.

Los incidentes conocidos este verano, con agentes que escapan y tratan de engañar a sus creadores sin atender a sus órdenes, muestran que estamos cerca de perder el control. Los nuevos modelos de IA los están desarrollando las propias IA. Es cierto que son capaces de generar respuestas en el ámbito de la biomedicina o las matemáticas que abren la puerta a avances fabulosos para el mundo. Pero el riesgo de tener cerebros de silicio autorreplicándose más allá del control humano ya no es una fantasía, y hay que tomarlo en serio.

El segundo plano es el económico. Hay señales de una burbuja y eso inquieta, sobre todo a Donald Trump, que teme que un parón en la IA derrumbe una economía sobreestimulada por las monumentales inversiones. Mientras las compañías de IA queman montañas de dólares para aumentar la capacidad de sus sistemas, el modelo de negocio dista de estar claro. A la velocidad a la que avanza, pronto se extenderá un potente modelo de IA más accesible. ¿De qué vivirán entonces OpenAI o Anthropic? ¿De la publicidad, como Google y Meta? Quizás las llamadas a autorregular el sector sean una forma de acorralar a otros competidores, como los chinos.

El tercer plano para entender este momento de cambio es el geopolítico. Estados Unidos y China compiten en una carrera frenética, con una meta volante este jueves en el encuentro entre Trump y Xi Jinping en la Casa Blanca. No son los líderes idóneos para marcar el rumbo de la humanidad, pero por primera vez los dueños del sector pueden perder la potestad de decidir el futuro común. La IA ya es demasiado poderosa, cara y estratégica para que sea un asunto exclusivo de las empresas que la desarrollan. No lo es.

Y ahora que todo es posible, lo mejor y lo peor, es hora de regular la IA y evitar que se cumplan los escenarios apocalípticos. Ya sea con nuevas leyes, como la que plantea California para imponer un interruptor que desconecte la máquina cuando esta se descontrole, o las que ya existen sobre la protección de los consumidores o la seguridad pública. Sin controles y restricciones, y sin una arquitectura internacional como la que se construyó tras la Segunda Guerra Mundial y las bombas de Hiroshima y Nagasaki, los peligros de la IA serán descomunales. Todavía estamos a tiempo. No hace falta caer en el pánico para entenderlo.

EL PAÍS, 20 de septiembre de 2026